

ESPAÑA Y LOS CRIOLLOS

Es necesario apreciar cual era la conformación social americana al producirse el fenómeno de los gritos de independencia entre nosotros. Las clases poderosas estaban divididas en el Gobierno y la Iglesia, epígonos principales de la plataforma en la cual se levantaba la estructura imperialista monárquica. Los criollos de alta categoría intelectual y económica se dividían a su turno en partidarios irreductibles del régimen español y amigos de la independencia, pero estos últimos estaban divididos también, en moderados y radicales, que se distinguían por el criterio de implantar un régimen autóctono dependiente y por la decisión de asentar la independencia en forma total.

En cuanto al grueso del pueblo, integrado de modo mayoritario por familias mestizas y en reducidos porcentajes cada día menos numerosas agrupaciones indígenas y por los grupos de raza negra, era cuestión distinta. Indios y mestizos adoraban la autoridad del Monarca y esperaban el ejercicio de ella para satisfacción de la justicia contra las arbitrariedades de Virreyes, Gobernadores, Capitanes, Encomenderos y Alcabaleros, en cuanto al Gobierno y frente a los abusos de las minorías constituidas por las familias criollas de clara ascendencia española o europea porque estas vivían del usufructo inhumano de la producción de las grandes mayorías y ejercitaban la tiranía de la esclavitud. La Iglesia era acatada y servía al conglomerado mayoritario. Morigeraba la ambición de los explotadores y suavizaba el rigor de las autoridades.

Por orgullo de casta y razón nacional, gobernantes, funcionarios y militares españoles defendían a toda costa los derechos de la Corona, además esa defensa les reportaba la permanencia en los pináculos del Poder y la seguridad de ellos y los suyos en el futuro. La Iglesia adoptaba idéntica actitud en lo político porque la independencia se propagaba mediante la difusión de doctrinas librepensadoras, ateas y revolucionarias de los enciclopedistas, en abierto reto al dogma católico y al influjo bienhechor de la religión. En ocasiones las autoridades castigaban los abusos de los privilegiados criollos sobre los esclavos y los trabajadores, y defendían a los pequeños productores agrícolas y artesanales. Como siempre, la Iglesia estaba al lado de los humildes, ante los poderosos del régimen y los codiciosos del núcleo privilegiados.

El Gran Precursor

Don Francisco de Miranda fue el máximo Precursor de la Independencia. La concibió en los campos de batalla de los Estados Unidos de América, en donde combatió los tercios ingleses en representación de la Monarquía de España, que bien lejos estaba de imaginar, por asombrosa miopía, que una revolución similar saldría en sus colonias y pondría término a su majestad imperial.

Después del sitio de Pensacola, el prestigio de Miranda crece entre los norteamericanos y su vinculación a los grandes conductores de la joven y poderosa nación le reporta prestigio universal.

Fugitivo de los corchetes españoles que desean hacerlo preso y entregarlo a la justicia del Rey por sus libertades de criterio y por la dimensión que adquiere como símbolo americano, marcha hacia Europa.

Federico el Grande y Catalina de Rusia reciben al gallardo americano, mitad Marco Polo, mitad Quijote de la Libertad. En Francia, después de intenso peregrinar, afirma sólidos vínculos de amistad personal y política con los líderes de la Gironda, que constituyen la fuerza del Poder. El brillo de su inteligencia y el prestigio militar recibe homenaje de los recios pensadores franceses, quienes exaltan al ilustre caraqueño a las más delicadas posiciones decorando en los Ejércitos. Con los grados de Teniente General y Mariscal de Campo se bate valeroso y certero con los Ejércitos de Austria y Alemania bajo comando supremo del General Dumoriez.

Este, que aprecia el talento y la pericia de Miranda, le confía la dirección de las fuerzas militares en jornadas que comprometen a más de doscientos mil soldados, en choque brutal y sangriento.

Como un profesor ante sus alumnos, frío y dogmático, sin inmutarse por las atronadoras descargas de artillería y las raudas cargas de Regimientos de Infantería y Escuadrones de Caballería, que el enemigo hace sentir en las filas francesas, Miranda dirige las acciones contra-ataca, resiste, golpea, hace suya la victoria. Lamartine y Michelet entre otros grandes escritores de la Revolución Francesa, exaltan el imperio de la serenidad y la competencia profesional de gran capitán que tan insigne americano observa en los combates.

Cuando Dumoriez cae en desgracia por su adhesión a Luis XVI, Miranda es llevado ante las barras de la Convención en París, acusado de alta traición. La guillotina cortaba sin pausa las cabezas que los convencionistas brindaban tras escuchar a las víctimas en candentes o tediosos debates. Brissot y Dantón caen, pero su sangre no apaga la sed de la revolución. Robespierre, quien intuitivo señaló como “la revolución francesa solo se surtirá cuando caigan nuestras propias cabezas”, correrá la suerte de su profecía.

Un americano imponente de mirada sombría y cabeza leonina que recuerda a Dantón habla desde la Tribuna de los acusados y sostiene la luz de su inocencia. “Vine a combatir por la libertad para retornar a implantarla en América”, señala rotundo. “Si mi sangre no se confundió en el campo de batalla con la de los soldados franceses, es porque se necesitaba que viviera para reportar la victoria a la República ; No temo a la muerte ni eludo responsabilidades pero no puedo aceptar la calumnia. Si el General Dumoriez traicionó a la Revolución, fue porque no se escucharon mis apreciaciones y se me sumió en la prisión. Mi espada y mi honor están sin mancha, como acreditan las legiones que he mandado. Eso impide que me preocupe la decisión que toméis sobre mi cabeza!”. Concluye la intervención. Una salva atronadora se escucha en el recinto. El acusado es levantado en hombros por

las multitudes que lo ovacionan entusiastas. Y paseado como un héroe auténtico, recobra la libertad y las prerrogativas militares, pero no le confieren mando.

El Dieciocho de Brumario

La muerte de los girondinos ha dejado el Poder en manos de unos podridos. Barras, quien manda, no confía mucho en este ambicioso americano que en los salones de París también despierta la atención intelectual y la admiración de las mujeres. “Es un honesto y está destinado al sacrificio”, señala cínico y vidente el Presidente del Directorio. No ve más allá de sus narices. Deshecha al americano y se apoya en el enigmático General de Córcega sin apreciar que Miranda habla mejor el francés y que el pálido Oficial de Artillería tiene la figura angular que provoca la desconfianza de César y sólo habla lo que le es vital o le es impuesto por las circunstancias.

A cañonazos, Bonaparte hace “correr a la canalla” .Sostiene al Directorio y devuelve el orden a París. Luego, Comandante en Jefe del Ejército de Italia, marcha a su destino, para cubrirse de gloria. Miranda, que lo tuvo entre sus invitados, no alcanza a vislumbrar el genio. “Me sometió a un sin fin de preguntas al mismo tiempo sobre América. Pretendía que le respondiera de una vez y apenas contesté de acuerdo a la más breve cortesía”, apunta sobre el día en que la suerte le permitió dialogar con el futuro Amo del Mundo. Intuitivo, Bonaparte apostilla: “Comí con un idealista que sueña en libertar un mundo. Es un don Quijote pero el fuego de la libertad arde en su alma!-.

Los hechos se precipitan. Bonaparte triunfa en Italia y va a Egipto. Después retorna dispuesto a sentarse en la silla del mando. Miranda ha deambulado, estrella rutilante en los salones intelectuales y atracción tropical en las brillantes recepciones de la alta burguesía. Todos vaticinan que Bonaparte asaltará el Poder.

Pero Barrás no se decide. Le teme y la sensualidad de una vida epicúrea le impide reaccionar. “Nombre Gobernador de París a Bernardotte o al tal Miranda y el fantasma de Bonaparte se esfumará en un ergástulo”.

¿Fue José Fouché el autor del consejo? Tal vez sí. Lo cierto es que Barrás no lo aceptó y los hechos se lo llevarán por delante, mísera paja en el torrente de la historia en tanto el pequeño artillero emergía con la gloria por deslumbrante aureola. Y con algunos canallas como José Fouché, de favoritos.

Concluye el ciclo de Miranda y perseguido y encarcelado por el mismo Fouche en cumplimiento de las órdenes de Bonaparte, difícilmente salva la vida y huye hacia Londres. Allí lo encontrarán los Libertadores, como atrás hemos citado. Y desde la nebulosa capital británica, Miranda maestro de la conjura, tenderá hasta el mundo americano la hábil red política de los planes que concluirán hacia los gritos de emancipación.

Don Antonio Nariño

El otro Precursor es granadino. Don Antonio Nariño, inteligencia y verbo, malicia y acción, opulencia y miseria, valor y astucia, pluma y espada, hombre de hogar y conductor de pueblos. Difícilmente pueden conjugarse en una persona los atributos de la raza americana y del prototipo colombiano como en don Antonio Nariño. El es, al lado de Miranda, uno de los grandes Precursores de la Emancipación Americana. El es, también la máxima figura de la nacionalidad y la estructuración republicana nacida en el antiguo territorio granadino.

De inclinación militar, se alista en el Regimiento de Guardias Reales para defender al Monarca ante las noticias del Alzamiento Comunero. No libra combate alguno y de nuevo con ropas civiles, presencia la muerte pavorosa de José Antonio Galán y sus compañeros de gloria en los patíbulos de Santa Fe.

Es el año 1.782 y en el alma de Nariño florece una gran duda. Un amigo aventurero del interior (Cepitá, Santander) que posee increíble cultura y atractivos intelectuales únicos, le habla de la independencia. Pedro Fermín de Vargas.

Nariño abraza la causa. En su hogar, con doña Magdalena Ortega, modelo femenino que no ha recibido justicia en los eternos homenajes que merece, se estudia, se discute, se prepara la emancipación. Acuden también los Ricaurte, Francisco Antonio Zea y en algunas ocasiones introspectivo y discreto Camilo Torres un día Nariño lanza una edición de los Derechos del Hombre que llega a su poder en pálpito de historia. Se le descubre. Se le prueba todo. Va a la cárcel y al destierro y sufre mil vicisitudes inenarrables, que siempre volverán a buscarlo hasta poco antes de la muerte. Sus amigos también son perseguidos. Y el abogado Ricaurte, paga con la vida en Cartagena la aceptación de su defensa que don Camilo Torres no se atrevió a asumir.

Este es el hombre que en la Nueva Granada levanta la bandera de Tupac Amarú y José Antonio Galán, desde una pequeña imprenta que bien pronto le será confiscada. Su publicación ha causado daño tremendo. Los informes indican que en Sudamérica y Centroamérica circuló y fue leída.

Gritos de Independencia

Miranda y Nariño se encuentran en Europa y se ponen de acuerdo. El primero asienta el cuartel de operaciones en Londres. El segundo aunque fugitivo, retornará a Santa Fe. Se le captura y de nuevo volverá a los ergástulos. Uno y otro Precursor estarán lejos de los acontecimientos al sucederse los gritos de independencia. Miranda los ordena desde Londres, en cartas a los fieles de Buenos Aires, Santiago de Chile, México, Caracas, Quito, Charcas, La Paz, Santa Fé, Lima, Centroamérica. Nariño, ahora en las bóvedas de Cartagena, nada distinto a escuchar el rumor del mar y el tiritar de fiebres, puede hacer.

El 25 de mayo de 1809 la municipalidad de Charcas (Capital de la Audiencia del Alto Perú) se pronunció contra el Gobierno de España y declaró que defendía los derechos del hombre. En la Paz, otro movimiento similar se produce el 19 de julio. Tales sucesos, en el actual territorio boliviano, son

inspiración de Jaime Sudanés y los acaudilla don Pedro de Murillo, quienes interpretan las consignas de Miranda y asimilan la propaganda de Nariño.

El 10 de Agosto siguiente hechos del mismo carácter se presentan en Quito bajo la dirección de Montufar (Marqués de Selva Alegre) y con el apoyo del Marqués de Miraflores. Dos nobles son, en la actual capital ecuatoriana, las cabezas del episodio. Otros como el Capitán Salinas, que mandaba la Infantería Real, se suman a la insurrección.

Estos dos movimientos serán reprimidos con drasticidad sangrienta. Don José Abascal, Virrey del Perú comisionó al General de Goyeneche para poner término a la sedición. La represión mas pavorosa se cumplió. En el cadalso, perecieron Salinas, Morales y Quiroga, en Quito, en tanto el Marqués de Miraflores moriría de “de pena en su propia casa que le servía de prisión” y Montufar lograba ponerse momentáneamente a salvo.

Los patriotas de Bolivia, acaudillados por don Pedro de Murillo organizaron un Regimiento. El 25 de Octubre de 1809, en las afueras de La Paz, la brutal embestida de los tercios regulares que comandaba el General de Goyeneche liquidó la resistencia de aquellos heroicos soldados que combatían armados de unas cuantas escopetas y de palos convertidos en primitivas lanzas. Capturado don Pedro de Murillo, pagó en el patíbulo su intrépida osadía. “Yo muero, pero la tea que he encendido nadie la apagará”, dijo fiero ante las puertas de la eternidad.

El 17 de mayo de 1809 llegó a Caracas el Brigadier General don Vicente Emparán, nuevo Capitán General y Gobernador de Venezuela. Bolívar y su hermano Juan Vicente, con José Félix Rivas, Fernando del Toro, Mariano y Tomás Montilla y Martín Tovar constituían el núcleo radical de la emancipación, fieles en un todo a las instrucciones de Miranda.

El 19 de abril de 1810, Jueves de Semana Santa, el Capitán General Emperán, obligado a permanecer en las instalaciones de la municipalidad cuando pretendía asistir a los oficios religiosos, fue depuesto del mando. La intervención del canónigo José Cortés de Madariaga y de Juan Germán Roscio y Félix Sosa, lo hizo declinar la autoridad, después de una tentativa de violencia física que Pedro Salinas ejecutó con el respaldo de Bolívar y sus amigos.

El 22 de Mayo del mismo 1810 cayó en Buenos Aires la autoridad ejercida por don Baltasar Hidalgo de Cisneros y la Torre, quien había sucedido como Virrey de la Plata al gran Liniers. En una asamblea o cabildo abierto precipitado por la habilidad de Belgrano y Mariano Moreno, el 22 de Mayo el Obispo Lue y el General Castelli, quien en 1811 ordenó fusilar al noble Liniers, precisaron posiciones: “Mientras quede en España una fanega de tierra y manden en ella los españoles, América toda les pertenece y mientras quede un solo español en el Nuevo Mundo ese español es el que debe gobernarlo”. El General Juan José Castelli, gran orador y personaje de afirmativa responsabilidad, respondió al drástico prelado: “España está desposeída de su poder y las autoridades que la representan están tan desposeídas como ella”. Se constituyó una Junta de

Gobierno que en principio encabezó el Virrey Cisneros y La Torre, pero que el 23 de Mayo mismo se convirtió en Gobierno Nacional, sin dicho funcionario, ante su renuncia exigida por el patriota Cornelio Saavedra.

El 11 de Julio siguiente cayó el Gobernador y Comandante de Chile García Carrasco, quien luego de hacer arrestar al sedicioso y hábil Juan Martínez de Rosas, inteligente patriota que operaba a favor de la emancipación a pesar de ser Secretario de la Corona declinó la autoridad en un Cabildo Abierto en la persona del Conde de la Conquista. Mas tal designación no satisfizo a la juventud que acaudillaba Bernardo O'Higgins, quien en nuevo Cabildo Abierto que promovió a viva fuerza el 18 de Septiembre, impuso una Junta de Gobierno presidida por don Juan Martínez de Rosas.

Ya sabemos que entre nosotros, en Santa Fe, la independencia se aclamó el 20 de julio de 1810, cuando el Virrey don Antonio Amar y Borbón, en un Cabildo Abierto aceptó idéntico clamor popular y pasó a convertirse en breve Presidente de la consabida Junta de Gobierno, que tres días después lo destituyó y lo llevó a prisión.

Por último vale la pena recordar el grito de independencia y la violenta insurrección del Sacerdote Manuel Hidalgo y Castilla en la Provincia de Guanajuato (México). Este brioso sacerdote se puso al frente de miles y miles de combatientes e inició la guerra de independencia allí el 16 de septiembre de 1810.

Los Precursores

Los dos grandes Precursores estaban en Londres y Cartagena. Retornarán a la Guaira (Venezuela) y Santa Fe respectivamente el 8 y el 13 de Diciembre de 1810. Los gritos de independencia se habían precipitado bajo el impulso de los futuros soldados. En efecto, desde Hidalgos y Castilla en México, hasta O'Higgins en Chile y Bolívar en Venezuela, los más decididos promotores de aquellas insurgencias fueron quienes hacia delante, en los campos de batalla rendirían la vida o conquistarían la victoria.

Frente a ellos, recelosos, críticos, cuidadosos, estarán los intelectuales puros, auténticos enciclopedistas que fluctuarán entre el Acuerdo con la Corona de España o la Independencia total. Curiosamente, la división de federalistas y centralistas alineará a los intelectuales en el primer bando y a los patriotas y militares resueltos en el otro.

Tanto Miranda en Venezuela, como Nariño en la Nueva Granada, vendrán a librar batallas por el Gobierno y por el centralismo de la autoridad contra el circulo desconfiado y calculador de los intelectuales. Esta pugna absurda favorecerá el retorno español, en todas partes. Y en muchas pagarán con la vida los patriotas, en las batallas y en los cadalsos, hasta el término de la tercera década de 1810.

A tiempo que los patriotas de hacían al Gobierno en forma tan inestable, el pueblo permanecía sin tomar partido y la Iglesia en general se decidía por la Corona. La división de los patriotas y el apoyo eclesiástico, permitirían a los

caudillos españoles atraer a las montoneras sobre falsos presupuestos de justicia social y de venganza de la explotación inhumana que padecían.

Reacciones Realistas

Las reacciones realistas se dejaron sentir en el sur de la Nueva Granada. El Gobernador Tacón asentó el dominio de la Corona en Pasto y Popayán y amenazó a Santa Fe con decisión que no admitía dudas. Esas provincias del Sur, en Pasto y Popayán encontrarán las cabeceras señoriales de la solidaridad con Fernando Séptimo. Y solo muchos años después concluidas las más grandes jornadas de emancipación, se reintegrarán a la hermandad nacional.

Preciso es destacar que los autónomos nariñenses y caucanos, no carecían de razón al permanecer al lado de España, si se aprecia las pocas solidaridades que los círculos patriotas ofrecían. Tanto por estar integrados por privilegiados que explotaban a las montoneras de modo inhumano, como por ser visibles las rencillas tremendas que los dividían para convertirlos en banderías sin autoridad ni fuerza política.

En Venezuela la inconformidad aparece en Valencia. Una insurrección general se produce en esta culta ciudad que se siente preferida de la Corona como que en su escudo blasona "fiel al Rey". Son los sacerdotes quienes instigan la inconformidad que bien pronto los aclama para luchar contra los librepensadores y ateos que dominan desde Caracas.

La Nueva Granada, en donde alguna organización militar existía, prepara una expedición y la envía hacia el sur bajo la dirección del Coronel don Antonio Baraya, con un lucido cuerpo de oficiales. Tal acontecimiento se sucede a fines de 1810, en vísperas del retorno de don Antonio Nariño.

Y por su parte, en Venezuela, ante la insurrección de Valencia (Julio de 1811) el Gobierno fluctúa, entre sus pasiones menudas y el interés nacional. Primero confía en mando del inarticulado Ejército al Márquez del Toro. Y después cuando éste fracasa tras un pequeño éxito en el cerro de los Corianos y se bate en retirada a Maracay, no tiene más recurso que acudir a don Francisco de Miranda cuya inteligencia y pericia había intentado desconocer.

HUGO MANTILLA

Capítulo II de su libro LUCHA Y DESTINO DE AMERICA
Ediciones ACADEMIA BOLIVARIANA, 1980